

BOLETIN OFICIAL

de Mallorca.

NÚMERO

24

AGRICULTURA.

TRASPLANTACION DE ÁRBOLES.—(Continuacion.)

Otra variacion de la práctica comun, es el haber abandonado el uso de mutilar y desmembrar los árboles cuyo trasporte se quiere efectuar. Esta costumbre bárbara, que hacia cortar un tercio, la mitad y aun muchas veces el todo del mas bello adorno de estos grandes vegetales, resultaba de un racionio falso: »Amputamos las raices, decian los que alegaban razon, y por consiguiente disminuimos la facultad que tienen de alimentar al árbol; es preciso pues cortar tambien una porcion correspondiente de las ramas, sin lo cual el árbol no tendria toda la savia necesaria para mantener su lozanía." Segun este razonamiento, se diria que las ramas no son de ninguna utilidad en el aparato de la vegetacion, y que sin inconveniente se les puede aplicar la podadera. Pero no sucede asi; no es posible privar á un árbol de una rama sana, sin atacar, hasta cierto punto, el complejo de la economía vegetal. Cada hoja forma, en algun modo, una porcion de los pulmones del árbol; aspira el aire atmosférico, y contribuye á llamar la savia ácia las partes superiores. Cortar un árbol mas de lo necesario para despimpollarle, esforzarle á que se contente con una porcion infe-

rior de alimento disminuyendo su apetito y privándole de una parte de su poder de aspirar el aire; y los que quisieran tratar sus arboles con arreglo á tales principios, podrian ocasionarles dos enfermedades al querer curarles una. El juicioso Miller habia marcado ya los inconvenientes de semejantes mutilaciones, observando que los árboles, no menos que por sus raices, se alimentan por sus ramas, vástagos y hojas.

Pero aun cuando esta operacion causase menos perjuicios que los que incontestablemente causa á la vejetacion, no debemos perder de vista que el trasportar árboles completamente formados, es solo con el objeto de que sirvan de adorno en los paisajes. Luego, si aplicando la podadera á su cabeza ó á sus miembros, los trasformamos en disformes espectros, haremos que se frustre enteramente el fin que se necesitaba conseguir. La bondad del terreno, y un cierto número de años, podrán sin duda restituir á los plantones, tan indignamente tratados, su forma y belleza primitivas; pero si se considera el tiempo indispensable para reparar el destrozo cometido por unos bárbaros, se verá que hubiera sido igualmente espedito, y menos costoso el esperar á que creciesen los retoños confiados al terreno, cuyo aspecto, á lo menos, no hubiera desfigurado antes de llegar á hermosearle.

Existe aun un tercer punto en que el método de Allanton se separa, si no enteramente, á lo menos en parte, de la práctica vulgar. El único sobre que insistia fuertemente la antigua escuela, era que al sacar el árbol se sacase toda la tierra que fuese posible. Siguiendo este método, se aumentaban mucho los gastos á causa del peso adicional que se le daba al árbol. Pero á pesar de este aumento de gasto, casi nunca se conseguia el fin, porque la tierra se desmoronaba en el tránsito. Algunas veces se hacia la operacion durante una helada para impedir que se cayese la tierra, pero el remedio era peor que el mal, á causa de que las fibras de las estremidades se hallaban espuestas á la accion de un frio rigoroso. El sistema de Allanton, al contrario, limita la tierra que se debe sacar á la que está colocada inmediatamente debajo del tronco; la que envuelve las raices debe, por el contrario, desprenderse con mucho cuidado como hemos visto ya. Una vez que el árbol ha llegado al lugar don-

do se le debe colocar, definitivamente se le da una posición vertical por medio de la flecha á que está amarrado, y el tronco con la tierra que tiene pegada se introduce en un hoyo poco profundo á fin de que apartándose las raíces se dirijan hácia los lados. Entonces se les quitan las ligaduras que las sujetaban por el camino y vuelven á tomar sus separaciones naturales. Se coloca despues la tierra sobre el primer órden de raíces con las mayores precauciones. Esta operación se hace á la mano y con ayuda de un pequeño instrumento construido con este fin, cuidando tan escrupulosamente de las fibras más delicadas, que inmediatamente se inclinan á empezar de nuevo sus funciones, como si no se hubiese alterado su ejercicio. Cuando el primer órden de raíces está suficientemente guarnecido de tierra, se coloca el segundo órden sobre esta tierra como sobre una especie de capa. Los órdenes tercero y cuarto, si los hay, se disponen en seguida lo mismo que los otros dos. El cuidado que se pone en incorporar con el terreno cada raíz, y si es posible cada fibra, tiene un doble objeto: de este modo las raíces se hallan luego en estado de hacer su oficio ordinario de recoger la savia, al paso que aseguran los árboles contra la violencia de la tempestad; pero cuando han sido trasplantados por el antiguo método, con un gran terron de tierra se mueven y golpean dentro del hoyo con aquel terron, á causa de no tener las raíces conexión alguna con el terreno donde estan colocadas. Este gran inconveniente habia sugerido la idea de los puntales, cuerdas y otros medios muy desagradables á la vista, y casi siempre insuficientes; pero en el sistema de Allanton, el árbol vuelto de modo que oponga á la furia de la tempestad sus más fuertes ramas, y retenido en el suelo por millares de fibras y raíces, ninguna necesidad tiene de aquellos apoyos artificiales. En la tierra de Sir Enrique Stenart, muy espuesta al ímpetu de los vientos del Norte, las más violentas borrascas apenas hacen inclinar los árboles, y jamas los echan por tierra.

Quando se ha colocado la tierra sobre las raíces, como acabamos de ver, se vuelve á echar en el hoyo el resto de la tierra sometiéndola á una presión ligera y uniforme, guar-

dándose bien de apisonarla ni apretarla ásperamente con los pies, porque se romperian las fibras mas delicadas de las raices. Se deja al tiempo el cuidado de consolidarlo. No debemos olvidarnos de decir que se riega abundantemente el árbol cuando se han fijado las raices, y que se vuelve á regar cuando la operacion está enteramente concluida.

Segun nuestra esperiencia personal, consideramos estos riegos como de la mayor importancia; porque tenemos noticia de que algunos acebos de diez ó doce pies de alto, tomados en medio de un monte, fueron trasportados á un terreno ligero y arenoso sin otra precaucion que la de colocarlos en una escavacion llena hasta la mitad de tierra mezclada con una cantidad considerable de agua. Todos los arbolistas conocen la susceptibilidad de los acebos; sin embargo, los que aquí citamos tuvieron un éxito maravilloso en aquel suelo preparado, como acabamos de ver, y en el cual se procuraba mantener la humedad regándole multiplicadas veces.

Sir Enrique indica tambien procedimientos muy sencillos para impedir que se sequen las raices, y que la corteza del tronco pueda ser mordida por los carneros, gamos y otros animales que puede haber en el parque. Gracias al conjunto de estas diferentes precauciones, es casi imposible que perezca un árbol trasplantado. En el primero y segundo año su ramaje padecerá un poco, particularmente en el segundo, que es siempre la época en que su salud parecerá mas alterada. Pero en el tercero recobrará poco á poco toda su primitiva lozanía, y en los siguientes no le quedará ya señal alguna de haber sufrido una operacion que es de las mas peligrosas cuando no se hace bien.

Acabamos de tocar ligeramente los diversos puntos principales del sistema de la escuela de Allanton. Si alguno de nuestros lectores desease tener mas pormenores, los encontrará en la obra publicada por Sir Enrique.

(Se concluirá.)

PALMA: imprenta de GUASP, calle de Morey.